

El discurso político de la centroderecha argentina o la anulación de la alteridad izquierda-derecha

ADRIANA GALLO
CONICET/UNSAM
doctoraag75@hotmail.com

El artículo analiza el discurso desplegado por ciertos sectores de la derecha o centroderecha argentina, los que reniegan de su origen ideológico y tratan de sustraerse voluntariamente del campo de lo político. Se trata de elucidar qué se entiende por política, y cómo se imbrican las nociones de representación e identidad en ella, con el objeto de dar cuenta de la contradicción inherente a la pretensión de exhibir un discurso despolitizado y/o desideologizado, cuando todas las esferas sociales están influidas por la política, la cual, por definición, está ideológicamente fundamentada.

Introducción

En este trabajo analizaremos el discurso desplegado por ciertos sectores de la derecha o centroderecha de nuestro país, quienes, frente a la emergente crisis de la representación política y al debilitamiento de las identidades tradicionales, procuran entablar un lazo con la ciudadanía caracterizado como *identificación por escenificación*, mediante el cual reniegan de su filiación ideológica, y tratan de sustraerse voluntariamente del campo de lo político.

En primer lugar trataremos de elucidar qué se entiende por política, y cómo se imbrican las nociones de representación e identidad en ella, con el objeto de dar cuenta de la contradicción inherente a la pretensión de exhibir un discurso despolitizado y/o desideologizado. Así, notaremos que todas las esferas sociales están influidas por la política —la cual, por definición, está ideológicamente fundamentada— y que las ideologías son en gran medida reproducidas por el discurso político.

De este modo, dejaremos asentado que las nociones de despolitización y desideologización son los vectores que caracterizan un discurso de derecha, cuya contradicción queda expuesta palmariamente cuando se evidencia la imposibilidad de dislocar los elementos ideológicos y discursivos que están implicados en cualquier suceso de carácter político.

Política, representación e identidad

La *política*, como su origen etimológico lo indica, proviene de *polis*, la forma de organización y representación que los antiguos griegos se daban a sí mismos. En este término subyace una idea de construcción a partir de un ideal regulador; es decir *hacer política* es intentar la creación de una buena *polis*, y esta acción es inseparable de la deliberación y de la discusión. En definitiva, la *política* es el modo de representarse a sí mismo de la sociedad, con lo cual cualquier concepción de la política debe, en algún punto, estar asociada a ciertas nociones (como igualdad, libertad, justicia, etc.) que regulan el funcionamiento de las sociedades y de cada uno de sus miembros.

A la vez, la *política* es la dimensión de la sociedad que se refiere a las relaciones de poder en torno a la dirección de ella, y que, tras la disolución de las comunidades tradicionales y el desdoblamiento entre titularidad de la soberanía y ejercicio de la autoridad política, se erige como instancia de interconexión entre los que cumplen sendas funciones. Así, toda sociedad en la que la autoridad no se identifique con el cuerpo social, reconoce tres esferas en las que transcurre la vida política, a saber: 1) el Estado: momento de la unidad simbólica y de dirección general de la sociedad, donde cristalizan aspectos universales y relaciones asimétricas de dominación; 2) la base societal: momento de la diversidad, conformada por la sociedad civil y los actores políticos; y 3) el régimen político: momento de la representación, es decir, de la mediación institucional (Garretón, 2001) entendida como la necesaria conexión entre el Estado y la sociedad civil; que alude a las fórmulas de reconstrucción de lo que llamamos *polis* (Garretón, 2006).

Efectivamente, para que estas esferas puedan vincularse se requiere, indefectiblemente, por un lado, de ciertos principios identificatorios que confieran unidad a ese conjunto disgregado y heterogéneo (es decir, que mantengan aunado a lo que de otro modo sería una multitud políticamente inerte, instituyendo un sentimiento de pertenencia hacia la comunidad, en la que todos se reconozcan como parte); y por otro, de un espacio en el que se establezca una comunicación entre el cuerpo social y los encargados de tomar las decisiones políticas.

De ahí, en la instancia del régimen político deben conciliarse dos aspectos: por un lado, se debe procurar la representación de los diversos intereses que cohabitan dentro de una misma totalidad social, promoviendo la integración y cooperación de grupos con intereses afines; y por otro, se debe facilitar la instauración de puntos de consenso básicos, y generalizados referidos a algo común a todos los individuos, a través

de la proyección de un modelo idealizado de sociedad de la cual cada uno desea sentirse partícipe dentro de un arreglo institucional determinado por el Estado. Es que existen dos principios presentes en todo fenómeno de identificación: el principio de *alteridad* y el principio de *escenificación*. Según el primero, la identificación opera en relación con un “otro” —es decir, con un alter intersubjetivo— que ocupa un espacio ajeno al “nosotros”. En este caso, las identidades tienden a naturalizarse como esencias originarias compuestas por intereses, valores y formas culturales contrapuestos a los de otras identidades equivalentes, que se reflejan como ellas en el plano político (Novaro, 1996). Con el segundo principio, la identificación unifica lo heterogéneo de una sociedad polimorfa (Galli, 1990), desarticulada y dispersa, refiriéndolo a una escena de simbolización y a un actor que personifica algo común a todos los individuos, para que ellos puedan reconciliarse con una imagen de sí.

Así, la tercera esfera de la vida política exhibe diferentes niveles de articulación: en una primera instancia, más abstracta, la noción de representación se asienta en la idea de igualdad, es decir, igualdad política simbolizada por el Estado, entendido como garante del interés general. Esto implica que los ocupantes de cargos en el Estado representan a la sociedad en su conjunto y su acción debe alcanzar un grado de coordinación tal que posibilite la realización de un interés público orientado a la totalidad de los representados. El segundo nivel remite a su forma más concreta, el de la diferencia; es decir, los mecanismos representativos facilitan el manejo de las divergencias (Pizzorno, 1995), actualizando dentro de la estructura del Estado los intereses de los múltiples sectores en los que se divide la sociedad, aceptando el conflicto como un elemento co-constitutivo de la política misma (Yannuzzi, 2003).

El proceso de articulación de estos dos niveles se intrinca cuando se procura delimitar la esfera en la que se origina la representación: cuanto más complejo y menos homogéneo es el conjunto a ser representado (Michels, 1979), menos factible es contar con una posición unánimemente consensuada sobre lo justo y benévolo para la colectividad en su conjunto. Por ello es que se precisa de un espacio donde se manifiesten y confronten pacíficamente las distintas perspectivas sobre el devenir común de la sociedad, con ciertas reglas de juego institucionalizadas que equilibren las diversas orientaciones y que, al ser consensuadas, imbuyan de legitimidad a las resoluciones de las mismas.

De este modo, en un régimen político democrático¹ debe generarse lo que se denomina *pluralismo agonístico* (Mouffe, 2000), que implica que

¹ De los distintos tipos de regímenes que se han sucedido a lo largo de la historia, la democracia es el principal en las sociedades modernas (Garretón, 2001).

los conflictos y enfrentamientos no sean luchas entre enemigos sino entre adversarios, en tanto todos los participantes reconozcan las posiciones de los otros como legítimas, admitiendo la diversidad de modos en los cuales el juego democrático puede ser jugado, en lugar de tratar de reducir la diversidad a un uniforme modelo de ciudadano. La democracia pluralista implica la aceptación del antagonismo como una dimensión propia del campo de la política y del momento de la decisión como característico de dicho campo. Desde esta perspectiva, ninguna decisión puede ser presentada como la mera aplicación de reglas generales sino que debe proceder de la responsabilidad de quien la toma (Wittgenstein, 1983). La relevancia de las nociones de decisión y responsabilidad subvierte la tentación de disfrazar formas existentes de exclusión bajo el velo de la racionalidad o la moralidad (Giacaglia, 2004).

En un régimen genuinamente democrático, ningún agente social puede arrogarse el derecho de erigirse en representante de la totalidad (Lefort, 1990), sino que debe aceptar el carácter particular y limitado de sus reivindicaciones (Giacaglia, 2004); evitándose, de este modo, la posibilidad de una completa reabsorción de la alteridad dentro de la unidad y la armonía. Una democracia pluralista parte del reconocimiento de la multiplicidad de ideas de bien y debe asumir el desafío de cómo tratar los antagonismos, para lo cual nunca habrá una solución final (Giacaglia, 2004). En efecto, la idea de una sociedad completamente emancipada, en la que se hubiera eliminado todo movimiento tropológico entre sus partes constitutivas, implica el fin de toda política democrática (Butler, Laclau y Zizek, 2003).

En consonancia con esta postura, Hannah Arendt (1997) sostiene que la construcción y reproducción política del orden social es inseparable del conflicto; al tiempo que afirma que el antagonismo de intereses no es resultado de la irracionalidad de los hombres sino de la pluralidad y contingencia que definen al mundo. Por eso, la racionalidad de la práctica política no se expresa en la supresión del conflicto, sino en su manejo para hacerlo compatible con la estabilidad de la dinámica social y con la integridad y libertad de sus miembros (Medina, 1999).

Ahora bien, los seres de una misma comunidad que se enfrentan en un conflicto político comparten una esfera pública, un orden normativo común, y en tanto parten de presupuestos iguales —los verosímiles de la época anclados en la conciencia pública de todos los ciudadanos— adoptan una misma perspectiva (sin que eso implique que todos piensen igual), que otorga un suelo común para la articulación de la diversidad real de las diferentes concepciones del mundo. Es decir, cada operación de producción de sentido llevada a cabo por uno de los individuos coincide con el sentido atribuido por los otros, lo cual permite que se establezca

un meta-acuerdo y pueda localizarse la especificidad de lo político.

En efecto, el propósito inaugural de la democracia moderna ha sido la conformación de un espacio público² —una esfera de comunicación libre y auténtica—, fundado en la presencia de normas idénticas, a las que todos estén sujetos por igual y organizado por instituciones que posibiliten el despliegue de actores con responsabilidad pública, facilitando el diálogo y cotejo de múltiples visiones sobre los fundamentos de un orden político justo. En este contexto, el discurso es uno de los elementos substanciales en la constitución de la realidad social y contribuye a la definición acerca de la política a partir de una tematización y una puesta en escena simbólica y discursiva de los sujetos que pretenden presentar un punto de vista como legítimo y representar el “orden deseable”³ (Bonetto, Martínez y Piñero, s/d).

De este modo, la verdadera función del espacio público es la integración sobre la base de normas y conceptos que promuevan la diversidad de la sociedad civil y su complementación (Añel, 2003). El espacio público es, entonces, la arena en la que se produce la “puesta en escena” (Lefort, 1988) de enfoques políticos alternos, se configura un horizonte con puntos de referencia en común, se gestan las identidades políticas y se forjan los componentes constitutivos de la relación representativa.

Evolución en la representación y en la conformación de identidades

A comienzos del siglo XX, con la democracia de masas surgió una estructura de mediación que se instituyó como el momento de articulación entre el nivel de la particularidad y el del interés general; de aquello que diferenciaba a un alter de un ego, y de aquello que exponía los caracteres comunes a todos ellos. Esta estructura se denominó partido político.

Por un lado, los partidos suministran una representación popular que permite canalizar y sistematizar los intereses heterogéneos, adversos y antagonicos, en un marco racionalizado de intercambio y posibilitan reflejar en el seno del Estado, las diferencias y escisiones propias de cualquier

² Claude Lefort sostiene que la “revolución democrática” ha generado una nueva forma de institución de lo social. En las sociedades anteriores, organizadas según una lógica teológico-política, el poder estaba incorporado a la persona del príncipe-representante de Dios. En la sociedad democrática desaparece la referencia a un garante trascendente y con él la representación de una unidad sustancial de la sociedad; de este modo se produce la desimbricación de las esferas del *poder*, el *saber* y la *ley*, y el poder pasa a ser un “lugar vacío” secularizado, que ha de ser llenado simbólicamente por la sociedad desde sus propias acciones, iniciativas y expectativas, en la medida en que la sociedad se concibe como un espacio público-político (Lefort, 1990: 190).

sociedad compleja. Al mismo tiempo, estas instituciones estructuran proyectos y programas que responden a algún ideario de bien común que, si bien intenta tener una proyección generalizada, se asume que no ha de ser compartida por toda la comunidad y es saludable que así sea, con lo cual ha de estar insertado en un *corpus* ideológico que le proporcione significado y consistencia (Gallo, 2006).

En síntesis, los partidos se caracterizan por formar concepciones políticas unitarias y presentar un programa que articula fines y objetivos propios —que se asientan en una determinada ideología— que intentan poner en práctica mediante la acción estatal. En términos generales, las diversas ideologías son sistemas de creencias y forman la base axiomática de representaciones sociales de un grupo⁴ (Van Dijk, 2005). En concreto, la ideología responde a la ubicación entre la izquierda —más asociada a la idea de igualdad socioeconómica, de regulación estatal (Bobbio, 1998), de cambio en el sentido de progreso social— y la derecha —aquella que exalta la libertad individual (entendida como ausencia de intromisión en la esfera privada), aceptar la desigualdad como natural, y desea mantener un *statu quo* determinado, favoreciendo a la elite tradicional (Coppedge, 1997)—.

A la vez, en una democracia pluralista se requiere de un marco policéntrico en el que se presenten y dispongan diversas opciones partidarias competitivas viables, posicionadas en algún lugar del *continuum* izquierda-derecha (Coppedge, 1997), y es mediante la “puesta en escena” de los intereses representados por los diversos actores políticos que se produce la construcción y reproducción del espacio público moderno.

En la democracia de partidos, el principio de *alteridad* cumple una función central, dando lugar a antagonismos sociales, comportamientos electorales estables y sólidos, lazos partidarios arraigados y a bloques ideológicamente diferenciados. No obstante, como la alteridad y la escenificación son dos principios coexistentes y complementarios en la configuración de la identidad colectiva, si la identificación es pura alteridad, el antagonismo deviene enemistad, y peligra la concepción pluralista de la democracia⁵. Paralelamente, si la representación es pura

³ En una trama compleja, en donde diferentes actores pugnan por dotar de sentido y legitimar la acción política, significantes diferentes “se articulan, compiten, asocian, desconectan o yuxtaponen en los conflictos por el sentido del orden con que los individuos vivimos nuestras relaciones sociales” (Landi, 1988: 45).

⁴ Karl Marx había retomado el término, ubicándolo como el sistema de ideas, de representaciones, que domina el espíritu de un hombre o de un grupo social.

⁵ Como situación extrema puede mencionarse a los regímenes populistas, que se fundan sobre una construcción de identidades que giran en torno al eje amigo-enemigo (Peruzzotti, 2001: 298), procurando instituir una voluntad única sin cisuras, fundamentada en pautas políticas conducentes a la univocidad, que silencia a las minorías y anula el disenso.

escenificación, desaparece la razón de existencia de los partidos políticos; y si no hay organizaciones que vehiculicen las demandas e intereses existentes en la sociedad, peligra el pluralismo y se quebranta la democracia representativa. Como desarrollaremos en el apartado siguiente, la descomposición de los agrupamientos partidarios, la decadencia de la imagen antropomórfica de los actores colectivos, y la extinción de las pautas de adhesión horizontales basadas en intereses de clase y solidaridad, provocaron que el clásico enfrentamiento entre fuertes identidades partidarias (Cavarozzi, 1984) llegara a su fin y fuera sustituido por identificaciones por *escenificación*.

Los partidos como estructuras de intermediación política emergieron de la división sobre dilemas, contradicciones y clivajes que confrontaban a grupos sociales rivales; empero, en la actualidad, existe una plétora de fracturas y divisiones que no pueden subsumirse en una o dos, ni ser encarnados por un solo sector o grupo político. En definitiva, como el electorado se volvió social y culturalmente más heterogéneo y menos abarcable por los partidos políticos a través de su organización (Kitschelt, 1989: 33) y las demandas emergidas dejaron de ser “integrables por los mecanismos de agregación” (Novaro, 2000: 27), se alega frecuentemente que esto ha reducido el componente simbólico de integración social y ha debilitado los enlaces entre partidos y base societaria.

Cambios en la representación y crisis de identidades

Hasta fines del siglo XX, el problema de la representación había encontrado una solución endeble a través de la construcción a escala mundial, de una suerte de espacio público político global que permitía la puesta en escena de diversas concepciones antagónicas sobre el significado y el fundamento de la vida política (Cheresky y Pousadela, 2001).

Con el avance del siglo, se estableció una nueva configuración mundial caracterizada por la globalización, la pérdida de la capacidad de integración social del Estado-Nación, el fin de los socialismos reales y la expansión de una cosmovisión imbuida en el credo neoliberal y la economía de mercado. De este modo, con la desaparición del antagonismo político y la supresión de la dicotomía capitalismo *versus* socialismo, se desmontó la puesta en escena de visiones encontradas, que proveían de contenido y trascendencia a la praxis política. Esto fue entendido, desde diversos sectores como el final definitivo de las perspectivas teóricas dualistas que contraponían como alternativas deseables otros tipos de regímenes a la democracia liberal (Requejo Coll, 1990) y como el co-

mienzo de una etapa superadora situada más allá de las divergencias políticas e ideológicas.

En suma, se eclipsaron los lazos entre la unidad simbólica (representada en el Estado, ahora desprovisto de su carácter expresivo esencial) y el momento de la diversidad y de las particularidades (representado por una sociedad civil, actualmente fragmentada en diversas unidades organizativas difíciles de ordenar según patrones valorativos o ideológicos), lo cual derivó en que el interés general, como ideal abstracto, fuera desplazado por una multiplicidad de intereses particulares concretos, con un efecto disolvente sobre las identidades colectivas heredadas.

Así, la ciudadanía como sujeto colectivo fue, progresivamente, cediendo su lugar a una plétora de individuos diferenciados, heterogéneos y desarticulados, quienes desistieron crecientemente de participar en cualquier actividad política y exhibieron una abrupta disminución en la confianza y el sentido de pertenencia a los partidos (Novaro, 1993), a partir de lo cual se resguardaron en un insatisfactorio encapsulamiento en la privacidad doméstica teleconectada (Álvarez, 1998).

Así, la declinación de la vida pública y la retracción de los individuos en la vida privada (Paramio, 1993), transcurrieron paralelamente a la contracción del espacio público (Cheresky y Pousadela, 2001). Como corolario, los partidos políticos abandonaron su capacidad de congregar intereses sociales, de articular las opciones ciudadanas con el sistema de poder y de desarrollar programas y cosmovisiones ligados al destino colectivo de la sociedad (Gallo, 2006).

Como en la sociedad actual los partidos no pueden refugiarse en principios ideológicos o identidades diferenciadas para retener a sus votantes (Novaro, 2000), resultando complejo identificar los intereses de un conjunto definido, el lazo entre representantes y representados se construye precariamente en el único ámbito de confluencia de ambas entidades, que es el campo de la comunicación electoral, labrada a través del predominio absoluto de las imágenes por sobre las ideas políticas y de la corporeidad directa por sobre la mediación institucional. Así, los ciudadanos-espectadores se sientan partícipes de este nuevo campo de producción política, experimentando una identificación “con aquel que aparece en la pantalla y con sus vivencias” (Annunziata, Mauro y Slipak, 2006: 146), quien procura desvincularse permanentemente de metas colectivas concretas y de referentes partidistas, desplegando propuestas imprecisas ligadas a temas generales, compartidos en principio por la mayor parte del electorado; con lo cual se intensifica el velo de desideologización del vínculo representativo y se relega cualquier tipo de afirmación identitaria.

No obstante, desde una posición no compartida aquí, se concibe que la volatilidad de los anclajes partidarios y la caída de la identificación política de los ciudadanos supone el surgimiento de un nuevo tipo de elector, más informado, libre y exigente, que decide su voto racionalmente a la vista de la oferta de partidos (Paramio, 1999). En efecto, se sostiene que la despolitización y neutralización de las formas políticas son elementos positivos que favorecen las vinculaciones racionales y eliminan los factores distorsivos provenientes de las parcialidades y de la ideología, y que, por lo tanto, es un objetivo más que loable preservar la caracterización morfológica de ese electorado.

Sin embargo, las conductas generalizadas de no participación en eventos políticos y la confianza que se deposita en los nuevos líderes espontáneos procedentes de la escenificación mediática, deben considerarse más bien como reacciones desesperadas en las que se desea castigar a los políticos tradicionales, generando una disposición a aceptar la irracionalidad y la afectividad como recursos fundamentales de la acción política (Sartori, 1988). Por consiguiente, este tipo de lazo identitario tiene una incidencia negativa sobre la mencionada responsabilización por las decisiones tomadas, en tanto estos liderazgos personalizados y desconectados de los partidos y las ideologías pueden renunciar a la continuidad y mantenerse con mayor facilidad ajenos a la fiscalización y control por parte de los ciudadanos, siendo por ello mucho más susceptibles al oportunismo, la improvisación o la simple conducta perjudicial (Paramio, 2006).

En definitiva, como desarrollaremos en lo que sigue, la existencia de tantos individuos apartidarios, políticamente abúlicos y renuentes a definirse ideológica y programáticamente, no es una expresión de la libertad política y maduración cívica de la ciudadanía, sino por el contrario, es la evidencia de un vacío de poder que rápidamente puede ser ocupado por ideologías totalitarias.

El discurso de la derecha

La mayor parte de los ciudadanos de nuestro país, si bien son capaces de autoubicarse individualmente en algún lugar de la escala ideológica izquierda-derecha, a la vez, manifiestan cierta incapacidad para reflexionar y relacionar cada uno de esos significantes con significados precisos. Simultáneamente, a lo largo de la historia la distinción izquierda-derecha no fue operante en términos organizacionales, y en la actualidad se reformula en función de la gestión de gobierno y en particular

con la política de los '90 (Cheresky, 2006b), con concepciones sobre lo público estatal y lo privado, con el predominio de los mercados y el desplazamiento del Estado.

Al finalizar esa década, tras el gobierno de Carlos Menem (1989-1999) y las consecuencias de la aplicación de las recetas del neoliberalismo —deuda externa, déficit fiscal, aumento de la pobreza, superconcentración de riqueza, vulnerabilidad financiera, desindustrialización, etc.—, el polo ocupado por la derecha/centroderecha dentro del campo político, devino inaceptable para un sector significativo de la población.

Por eso, en la actualidad los actores de derecha optaron por adoptar la constante estrategia de licuar las referencias ideológicas con el objeto de atraer a diversos sectores del arco político. Así, su operación discursiva es la siguiente: se adueñan de ciertos temas inquietantes para la ciudadanía (como la inseguridad, la corrupción, el incumplimiento de la ley, etc.), los sustraen del circuito de configuración ideológica (es decir, del *continuum* izquierda-derecha), y los transmutan en significantes dotados de un sentido unívoco. Así, procuran quebrantar el antagonismo derecha-izquierda, reafirmando atávicamente "... la seguridad, la justicia, el apego a las leyes, etc. no son temas de derecha o de izquierda"; por consiguiente, niegan la existencia de abordajes diferenciales de cada una de esas temáticas desde idearios político-ideológicos divergentes.

Desde esa lógica discursiva se presenta al electorado una interpretación⁶ simplificada de lo social a través de un número reducido de problemas identificables a resolver, y se sostiene que quien aporte respuestas a estas cuestiones ideológicamente ascéticas aparecerá personificando el interés de todos los individuos conjunta e indistintamente.

De todos modos, los actores de derecha y centroderecha han elegido distintas formas y estilos para poner en práctica su discurso y desplegar identidades de diversa índole y con distinto grado de acentuación en los elementos descriptos. En un extremo, ubicaríamos al gobernador de Neuquén Jorge Sobisch, quien se reconoce centroderechista y despliega un repertorio característica y coherentemente de derecha, hilvanado por una lógica de mano de hierro⁷. En una segunda instancia, mencionamos al diputado y empresario Mauricio Macri quien reivindica la política como herramienta de transformación, pero desideologiza (en aras de un tecnocratismo purista) el discurso político; es decir, se desvincula de

⁶ Esta interpretación que, sin embargo, es vital para poder aprehender lo social, al construir una estructura común de sentido que permita la acción intersubjetiva y evite la dispersión de significados (Mauro, 2005).

⁷ En un programa de TV afirmó: "En mi provincia yo no tengo piqueteros" a raíz de que "los combatimos" (Albani, 2005).

compromisos ideológicos, se coloca más allá del conflicto social y propone un gobierno pragmático como patrón organizador de su propuesta. Finalmente, nombramos a Juan Carlos Blumberg, quien no sólo desideologiza sino que despartidiza y despolitiza el discurso, manteniéndose ajeno a la crispación de las luchas partidistas y de los distintos sectores sociales.

De este modo, Sobisch, proveniente del *Movimiento Popular Neuquino*, decidió instalarse en el extremo derecho del arco político, con un discurso conservador y noventista. En efecto, no oculta su sueño de ser el nuevo Menem, y dice priorizar el fortalecimiento de su armado territorial, del que no está exento el intento de terminar con la organizaciones populares de su provincia, que evidencia una política conservadora, fundada en la concentración de la riqueza y en la represión⁸ (Diario *Causa Popular*, 27/11/2004).

Este discurso, por explícito y palmario, carece de interés en este trabajo; por ello, nos concentraremos en los otros dos (el de Macri y el de Blumberg), pero arribaremos a un punto de coincidencia que pone de relieve cuál es el núcleo duro de su pensamiento político, el átomo irreductible del discurso presuntamente apolítico o aideológico, que los transforma en sujetos políticos de derecha.

Estos actores políticos, por un lado, proponen una identidad por escenificación, mediante la cual no se acepta a un *otro* diferente, portador de los mismos derechos y digno de ser representado, con quien debería compartirse un conjunto de normas, sustentadas en el reconocimiento mutuo. Es decir, ellos, en teoría, representan a toda la comunidad social como unidad, aunando simbólicamente ley (aplicación de normas y códigos, garantizando la protección de los derechos de propiedad y la seguridad jurídica), saber (especialización técnica, desideologizada) y poder (por extensión, ocupación de cargos públicos). Para lograr ese cometido, apelan a través de sus enunciaciones discursivas a subrayar la existencia de una misma comunidad de pertenencia, un origen común, y pautas culturales similares entre ellos y los representados, con lo que buscan diluir las desigualdades entre unos y otros.

Esta nueva modalidad de identidad, que impugna lo político y lo ideológico, tiene como consecuencia la constitución de representaciones transitorias, sin contenido político formal, en tanto postulados generales permanentes y altamente pragmáticos. El sentido común man-

⁸ Como ejemplo puede mencionarse que frente a la protesta por parte de MTD de Neuquén y otras organizaciones por esta medida, la policía de la provincia reprimió, con un saldo de más de veinte heridos por balas de goma y plomo (Albani, 2005).

tiene la idea de universalidad por sobre la de diversidad, y la idea de solidaridad (obviamente, entre aquellos que pertenecen a su colectivo de identificación), que enmascara la negativa caracterización del *otro* ausente de representación y desprovisto de consideración jurídica y humana. De esta manera, es en la capacidad discursiva de instalar una alteridad que constituya la unidad del actor de su enunciación donde se cristaliza el carácter instituyente de estos liderazgos (Mauro, 2005).

Veamos cada uno de ellos.

La desideologización de la política

En 2005, durante el lanzamiento de la coalición de centroderecha PRO acordada entre Mauricio Macri (*Compromiso para el Cambio*) y Ricardo López Murphy (*Recrear*), un locutor se encargó de leer que “tenemos que cambiar la forma en que se ha entendido la política y trabajar en soluciones *modernas, creativas y eficientes*” (Russo, 2005). Luego, López Murphy afirmó: “El país requiere (...) un espacio político donde reine la concordia, la paz interior y la unidad nacional, sin odios ni rencores”, y Macri remató sosteniendo: “Ya es tiempo de dejar de mirar para atrás, dejar de buscar culpables en el pasado y empezar a mirar hacia el futuro” (Albani, 2005).

Esta secuencia de nociones sumamente vagas y altamente pragmáticas deja subyacer una noción de la política mínima, en la cual el papel de los políticos es organizar y administrar un sistema político objetivo, verdadero y autosubsistente. De esta manera, observamos como, según este discurso, la práctica política se considera como una actividad confinada a aquellos poseedores de un saber específico que les permite encargarse de la administración reproductiva de lo existente, en el que no se aceptan diferencias de valores, concepciones o interpretaciones. Notamos, así, que la incorporación de una noción de la política objetiva, atestada de certezas anula el componente decisivo de la dinámica democrática, que es, precisamente, la disolución de los referentes de la certidumbre (Lefort, 1988).

Paralelamente, el éxito de Mauricio Macri en su cargo de presidente del Club Atlético Boca Juniors (el cual pasa su mejor momento futbolístico bajo su gestión⁹) le permite combinar estratégicamente varios de los elementos del discurso solapado de la nueva derecha: por un lado, la responsabilidad patrimonial en el máximo cargo directivo de un club

⁹ Se hizo cargo del club en pleno menemismo, cuando se acercaba a la quiebra, y gracias a sus influencias pudo realizar una inversión de 50 millones de dólares.

deportivo, en tanto empresa, lo coloca en el papel de administrador racional y gestor financiero, capaz de extrapolar su capacidad en la gestión privada en el ámbito público¹⁰. Por otro lado, su rol de empresario exitoso, integrante de uno de los grupos económicos más beneficiado con el modelo socioeconómico del último decenio, le posibilita consolidar la idea de que quien tiene más patrimonio, ostenta las mayores posibilidades de no corromperse en la función pública; ergo, de proteger mejor al conjunto ciudadano. Por último, su carácter de representante político de un club de fútbol de fuerte arraigo popular, con una hinchada predominantemente de clase baja y media baja, al cual logró convertir rápidamente en un equipo triunfador, le permitió ganarse el favor de una multitud y movilizar fácilmente la voluntad de los entusiastas *xeneizes*, articulando confusamente en un mismo colectivo, la identificación futbolística y la adhesión a su silueta personal. A la vez, el mensaje de Macri se estructura a partir de la evidencia incontestable de su capacidad para interpretar y satisfacer las demandas y expectativas de una vasta mayoría, lo que le posibilita hacerse con un nivel de adhesión e imagen positiva entre los sectores populares que ningún otro dirigente de derecha había podido generar hasta entonces.

Simultáneamente, con un grado de artificiosidad asombroso¹¹, Macri busca quedar colocado como un miembro más de una comunidad intrínsecamente desigual —desigualdad de la cual no se hace ni por asomo responsable, pese a ser un exponente del capitalismo corporativo que, con una alianza muy estrecha con el aparato político, fue copartícipe de la implementación de un modelo político de exclusión y marginalización¹²—.

Otro ejemplo clarificador de los elementos predominantes de este discurso pueden encontrarse en el comunicado de un miembro de Com-

¹⁰ Recorriendo el mundo, de Corea a los Países Bajos, Macri esgrime su gestión en Boca Juniors como su mejor carta de presentación, estableciendo forzadas analogías entre un país y un club (Wainfeld, 2005)

¹¹ Como ejemplo puede citarse un reportaje de hace unos años, en el que se le preguntó si había pasado hambre alguna vez, a lo que respondió: “Cuando tenía 18 años y viajé a Chile junto a unos amigos con el auto que me había regalado mi padre. Fuimos al casino, perdimos todo y tuvimos que vender la rueda de auxilio para comprarnos comida” (Ibarra, 2007).

¹² Mientras en la década del ochenta su padre, Franco Macri, incursionaba en negocios de construcción en tierras norteamericanas asesorado por el ex Ministro de Economía José Martínez de Hoz e impulsaba el grupo Columbus, Mauricio ya participaba de reuniones con altos empresarios, industriales y políticos de América latina. En el año 1983 recorría los pasillos de Socma, conglomerado empresarial que su padre había logrado expandir gracias a los favores de la dictadura militar y el endeudamiento estatal. En el año 1993, Mauricio Macri fue uno de los doce gerentes de la automotriz Sevel imputados por contrabando y evasión, causa que luego contó con el beneplácito de los gobiernos de Carlos Menem y Fernando de la Rúa (Albani, 2005).

promiso para el Cambio, publicado en la página del partido: “En ese escenario caben todos los que deseen involucrarse en una acción en beneficio de la provincia y del país: los que trabajan, se esfuerzan, pagan impuestos y casi no reciben nada a cambio. (...) La única manera que el mal triunfe, es que los hombres de bien no hagan nada. Decir esto, no es ideología es simplemente conducta”¹³.

Por un lado, la contraposición entre el bien y el mal reflota la infausta antinomia “amigo-enemigo” fundada en la focalización del exterminio del otro como condición básica para la existencia de uno. A la vez, la perspectiva que refiere a una división maniquea entre los “buenos” (el grupo endógeno) y los “malos” (el grupo exógeno) no es más que la materialización de un conjunto de intenciones orientadas a la exclusión creciente de grupos y personas.

La oposición entre *conducta* e *ideología* implica también una identificación de la ideología con la inacción y la incoherencia; a la vez, en este imaginario, la ideología es necesariamente sectaria y no representa el interés general, mientras que la no ideología es equiparada al sentido común. Es decir, la ideología para ellos es concebida como sinónimo de representaciones e intereses particulares contrarios a los del conjunto¹⁴, ante lo cual se propone un discurso técnico más allá de singularidades y particularismos, aparentemente representativo de los intereses y expectativas de la comunidad en su conjunto. De este modo, se ataca a la ideología y se hace creer que tenerla es motivo de rechazo, con lo cual, *so pretexto* de que usan un lenguaje ideológico o político, se descalifica sistemáticamente a las demandas y reivindicaciones sociales provenientes de los distintos sectores y clases.

Así, tanto Macri como su equipo se presentan como funcionarios especializados, libres de pasiones e ideologías, y como tales, se exhiben como los más capaces de defender el bien común. En consecuencia, la difusión de esta posición de la política induce a una entronización de la racionalidad instrumental que obtura los canales para la acción y cerceña cualquier espacio para la construcción de una dimensión que genere sentido y significación a la vida política.

¹³ Véase, www.cpcambio.org.ar

¹⁴ En consonancia con esto, se puede citar la respuesta que le dio Macri a Martín Caparrós cuando intentó interrogarlo: “Mientras vos no le metas ideología”. Este es el uso clásico que la derecha hace de la palabra “ideología”: *ideología* es siempre lo que piensan los otros, mientras que lo que piensan ellos es la *verdad* (Caparrós, en Sasturain, 2005).

La despolitización del discurso

Juan Carlos Blumberg emergió en la escena nacional tras protagonizar una multitudinaria marcha a raíz del asesinato de su hijo Axel¹⁵ en el año 2004, que prestamente ganó la primera plana de los medios de comunicación. De este modo, apareció encarnando a una ciudadanía, autodefinida como madura e independiente, muchas veces criticada como abúlica por su despolitización, que ante la eventualidad de un ataque a su integridad física y psíquica reaccionó enérgicamente, reclamando ante un Estado legítimo, concebido como la vía en cuyo marco la clase dirigente debía dar cuenta de los cambios exigidos.

El carácter conciliador de intereses, apaciguador de diferencias e ideológicamente displicente de su discurso queda expuesto en la primera frase del manifiesto de la Cruzada por Axel: “No somos de izquierda o derecha, no tenemos color político o partidario, porque somos la mayoría silenciosa de los Argentinos que quiere una Argentina distinta”. Una vez caracterizado su colectivo identificador —esta mayoría silenciosa¹⁶, doblemente ajena a la política: abandonada por el Estado y alejada de las vías convencionales de mediación institucional— se aboca a la tarea de preservarlo ante los factores que promueven la disgregación, organizando al grupo endógeno y exógeno en función del par binario *nosotros-ellos*.

De ahí en adelante, en sus discursos acentúa simbólicamente una brecha, oponiendo dos identidades complementarias, con un sesgo etnocentrista y elementos altamente discriminatorios: *nosotros* (la mayoría silenciosa) y *ellos*¹⁷ (portadores del estigma: los delincuentes comunes, quienes pasan a constituirse como cuerpo en el adversario paradigmático, y los políticos cómplices).

Blumberg interpela al público desde el llano —en tanto “gente” o “ciudadanía decente”— por oposición a los políticos, desconectados de los problemas del ciudadano común, y responsables de la avanzada de

¹⁵ Axel Blumberg, un joven estudiante de ingeniería, que fue secuestrado el 17 de marzo del 2004 en Martínez y seis días después asesinado en Moreno (Annunziata, Mauro y Slipak, 2006). Siete días después, su padre, hasta entonces un perfecto desconocido, encabezó la marcha frente a ciento cincuenta mil personas.

¹⁶ La mayoría silenciosa se diferencia de los “ruidosos” que, de un modo u otro, hacen política (Annunziata, Mauro y Slipak, 2006: 162)

¹⁷ Se puede constatar en los videos de sus discursos que toda diferenciación entre “ellos” y “nosotros” recibió una calurosa aprobación del público. Al igualar el reclamo de un grupo heterogéneo tanto en nivel socioeconómico como etario y también al igualarlos en tanto víctimas (“*Axel es el hijo de todos*”), su público es socio económicamente trasversal a todos los segmentos (Aragón, 2004).

esa *alteridad* radical identificada como “los delincuentes” (Mauro, 2005). Esto es expresado, por un lado, desde una retórica de “mano dura”, represión y aumento de penas, y simultáneamente, desde un discurso democrático de promoción de la participación activa de los ciudadanos, en tanto individuos frente a esa otra *alteridad*, los políticos (Mauro, 2005). No obstante, ese significante (la gente, la mayoría silenciosa y apolítica, la ciudadanía decente) es contingente, aleatorio y básicamente episódico, en tanto no se constituye como principio de una construcción identitaria estable, y sólo puede obtener estos efectos movilizadores en un espacio público fuertemente fragmentado (Martínez, 2004).

Nuevamente, el eje coordinante es la idea de sentido común. Por tal razón, autotitulan sus acciones —de claro tinte reactivo— “Cruzada por la vida de nuestros hijos”. En efecto: ¿quién podría oponerse a tal consigna?, ¿quién podría proponer dialécticamente una opción alterna a ese enunciado? A partir de allí, el sujeto colectivo al que se destina esa cruzada se conforma por toda persona racional, con un básico instinto de autopreservación. De este modo, cuando Blumberg afirma que está representando el sentido común, invalida cualquier tipo de cuestionamiento y a partir de ese consenso adquirido, acciona en el terreno político-institucional (Bellucci y Coseglia, 2004). La apelación al sentido común como vector de políticas públicas imposibilita negociar políticamente el conflicto y la diferencia, en tanto lleva implicado la idea de que la acción política debe fundamentarse en algo común a todos, que aparece como indiscutible, y sobre lo que existe un consenso unánime.

El otro aspecto que nos interesa destacar es que si bien Blumberg no tuvo por objetivo el control del Estado —ni como oficialismo ni como oposición—pero sí se propuso, en tanto sujeto político de pleno derecho, redefinir algunas de las normas que constituyen la *polis* (Aragón, 2004). Es decir, de las tres esferas constitutivas de la vida política, que mencionábamos anteriormente, el padre de Axel quiere mantenerse en el terreno de la sociedad civil, considerándose un ciudadano más como cualquier otro, sin procedencia partidaria ni adscripción ideológica alguna —intentando neutralizar la diversidad propia de esta esfera—, y a la vez quiere encarnar la universalidad, que tiene su simbolización en la estructura del Estado, escenario de la legalidad en el que se expresa el derecho formal —presionando para hacer cumplir la ley (*law enforcement*)—, pero sin involucrarse en la arena de la mediación institucional.

En un principio, Blumberg fue masivamente aceptado por la población, en tanto su discurso apuntaba a reactivar las reglas de juego democrático y revitalizar los mecanismos de control y de los órganos de supervisión y fiscalización. Es decir, fue aprobado mientras se situó en el ejido de

la ley, incorporando ciertos elementos del saber¹⁸, pero manteniéndose alejado del poder; digamos, de la esfera del régimen político, caracterizada como un área hegemónizada por una clase política corrupta e impasible.

No obstante, dado su innegable rol de liderazgo, Blumberg fue tentado para incursionar en la política partidaria y en la búsqueda de ocupación de cargos públicos. Es decir, ciertos sectores vislumbraron su capacidad en el reconocimiento de demandas y en la construcción de identidades, y a partir de allí, consideró que el accionar de la cruzada liderada por el padre de Axel podía fructificar si se vinculaba a la política, postulándose para un cargo de representación popular. No obstante, la convocatoria inicial había servido para nuclear a aquellos sectores que impugnaban las interferencias partidarias, lo cual infundió hostilidad y roces con la política institucionalizada, obstaculizando también la conformación de una agenda de colaboración entre Estado y sociedad.

De hecho, el ideal propuesto por Blumberg —a partir del cual se había forjado un lazo identificatorio con sus seguidores— aludía a la supresión de la instancia mediadora en la construcción de un espacio público, y a la consiguiente preservación deliberada de dos subsistemas autónomos y desvinculados: por un lado, una sociedad civil centrada, encapsulada y clausurada en sí misma, sin un propósito de intervenir en el funcionamiento gubernamental, y por otro, un Estado, que se remitiera a cumplir funciones regulatorias y a garantizar las libertades básicas de los individuos particulares, en su carácter de agentes del dominio privado.

La conjunción de lo político, lo ideológico y lo discursivo

La contradicción de la construcción discursiva —apolítica, a ideológica y centrada básicamente en el cumplimiento de las leyes— de Blumberg quedó expuesta con sus afirmaciones respecto de la represión a los maestros en Neuquén que ocasionara la muerte del profesor Carlos Fuentealba: “Primero, creo que lo grave es que se corten las rutas. Las rutas no se pueden cortar. Pero de ahí a reprimir... (...) Hay que respetar al otro. No cortar rutas. Todo eso tiene que estar en un marco del respeto al otro y que en una mesa de diálogo se encuentren las soluciones. Cuando se entra a cortar, los hechos son peores” (Diario *Causa Popular*, 08/04/2007).

Observamos un punto soslayado en esta línea argumental: la muerte del maestro es la consecuencia cuasi inevitable de la política represiva. Esto es similar a lo que sucedía en los '90 cuando ciertos sectores consi-

¹⁸ El saber propio de la víctima (Cheresky, 2006a), que le da un conocimiento empírico de la situación de la cual quiere prevenir a todos los otros congéneres, que de algún modo también son víctimas potenciales.

deraban que la pobreza y la marginalización eran el subproducto no deseado de las políticas estabilizadoras y de los ajustes estructurales¹⁹. Es que cuando la manifestación de ciertos principios colisiona contra la realidad acongojante se pone sobre el tapete que cada forma alternativa de abordar las problemáticas existentes trae aparejado una determinada selección de la realidad social e induce a la construcción de contenidos acordes con intereses específicos.

Ciertamente, el discurso político, considerado como práctica social, debe asumir que la opción por determinado tipo de políticas tiene anclaje en el acervo ideológico y en la cosmovisión global a la que adscribe el enunciador y procede de códigos particulares de interpretación de la realidad. El reconocer que una alternativa no satisface a todos los miembros de una comunidad es reconocer al alter como portador de derechos y como dignatario de representación, asumiendo el carácter contingente e ideológico de las expresiones que se enuncian y de las acciones que se emprenden. En toda confrontación democrática, se deben admitir las tendencias contradictorias existentes en los intercambios sociales y la posibilidad de someter cualquier solución esgrimida a la crítica, discusión y deliberación, asumiendo la fragilidad del orden democrático.

Paralelamente, aquella trágica y crítica situación también puso en evidencia la vacuidad no sólo del discurso apolítico sino también del discurso político ideológico. Cabe mencionar la actitud de Macri quien, sin exhibir ninguna consternación por la muerte del maestro, tomó distancia de Sobisch (con quien había planeado integrar un frente opositor) y sostuvo que “nunca pudimos crear un frente. Intenté, haciéndome eco del pedido de la ciudadanía, de que convivamos en el mismo espacio aquellos que tenemos una mirada distinta del presidente [Kirchner], pero no funcionó” (Diario Causa Popular, 16/04/2007).

En efecto, las consecuencias de la aplicación concreta de políticas que respondían a un ideario defendido y exaltado por los tres actores de derecha (Sobisch, Macri y Blumberg), que presentaba como uno de los ejes cardinales la criminalización de la protesta social, dejaron al descubierto que sus ideas no pueden asumirse como dogmas ni defenderse tenazmente sin admitir la legítima crítica social.

Cuando en la escena de autopresentación del líder queda en evidencia que *aquello común a todos* puede ser vivenciado de distintos modos

¹⁹ De hecho, al comenzar los '90, el carácter endémico de la alta inflación, el déficit fiscal crónico, la protección indiscriminada para industrias parasitarias, el torpe e ineficiente gigantismo estatal y la insatisfacción ante el funcionamiento de las empresas públicas habían originado un “sentido común” favorable a una reorientación radical del modelo económico (Boron, 1999).

por un *alter* y un *ego*, queda aunado lo político, con lo ideológico y lo discursivo²⁰; es decir, la pretensión de brindar respuestas universales, conjuntas y generalizadas cobra carácter ideológico cuando se exhibe que no es plausible emprender acciones políticas que satisfagan unánimemente a todos los participantes de las situaciones comunicativas.

Efectivamente, como se vio, los elementos representativos se relacionan por medio del consenso de la ciudadanía, y de la responsabilización de las decisiones por parte de los representantes, por lo tanto, si esto se evalúa desde el plano discursivo, así como los líderes, a través de sus afirmaciones y enunciaciones buscan promover el consenso, también deben ser capaces de responder por ellas. El consenso fue generado a partir de ciertos acontecimientos presentes en el imaginario colectivo con una altísima carga emocional por comprometer severamente algún nivel primario de la seguridad individual (Aragón, 2004). No obstante, cuando los sucesos posteriores confirmaron que toda práctica social conlleva una definición política e ideológica, y que como tal, posee una dimensión conflictiva inherente a la sociabilidad, los líderes de derecha trataron de desprenderse de las consecuencias políticas que sus propuestas acarrearán, demostrando una incapacidad cabal para responsabilizarse por sus declamaciones discursivas, denegando así toda clase de remuneración simbólica hacia sus seguidores.

En efecto, cuando se trasciende el terreno meramente discursivo, el vínculo de identificación se complejiza y canaliza decisiones en una diversidad de cuestiones problemáticas y espinosas; decisiones que de suyo dependen de la perspectiva, de los valores o de la pertenencia grupal —ergo, de la matriz ideológica originaria— de quien los evalúa.

De este modo, queda claro que las declaraciones que anidan en un pretendido sentido común, en una verdad elemental, en un discurso universal, en realidad son expresiones de la ideología de derecha que, como tal, tiene una estructura y funciones similares que cualquier otra orientación ideológica impugnada por el enunciador. Con lo cual, se torna evidente que negar la ideología implica negar la esencia de la política y convertirla en un instrumento simplemente al servicio del poder para los intereses del poder (Argirakis, 2005).

Sin la existencia de lo político y de lo ideológico, solamente se vislumbran múltiples y desligadas manifestaciones de intereses individuales y grupales, que impiden la visibilidad de los intereses generales y la

²⁰ Sigal y Verón llaman la “dimensión ideológica” del discurso, que intenta dar cuenta no sólo de los contenidos o de la enunciación de la promesa, sino también de la particular relación que se establece entre el enunciador y sus destinatarios en el “dispositivo de enunciación” (Canelo, 2000).

construcción de instrumentos colectivos de acción política (Rojas Bolaños, 1997), y consecuentemente, se extingue toda ética de la convicción que sujete a la política a una vocación o sentido colectivo (De Giovanni, 1990; Novaro, 2000).

Conclusiones

El surgimiento de una derecha postmenemista, con un nuevo tipo de discurso, sostenida por una nueva base social, no es más que la consecuencia de una crisis existente en el sistema representativo. La crisis de la representación política vivenciada desde finales del siglo XX, es una crisis de la trabazón entre los elementos que entran en juego en el proceso mismo de representar, que se ha puesto de manifiesto a través de ciertos aspectos distintivos, sintetizados en las nociones de *despolitización*, *despartidización*, y *desideologización*, que han degradado a la política, minando el espacio público en el cual se imbricaban los componentes representativos e identificatorios. La *despolitización* se refiere a la limitación de la ingerencia de las instituciones políticas del mayor número de ámbitos posibles y a la concepción de que la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es la “buena” comunidad (Laclau, 2005: 10). La *despartidización* alude a la retracción de la influencia partidaria en el desempeño de las funciones institucionales, a pesar de que ésta constituye la garantía de la mediación política²¹. Finalmente, la *desideologización*, que parte de la confusión del significado de ideología y de su utilización con fines paganos, implica la presentación de un saber técnico desprovisto de ideología, en tanto discurso de lo universal.

En ese contexto, observamos que las distintas expresiones de derecha de nuestro país se caracterizan por acentuar alguna de esas características en particular, a partir de lo cual resolvimos efectuar un análisis del discurso de los actores que no se asumían política e ideológicamente de derecha.

Notamos que éstos pronuncian un discurso en el que se apoderan de ciertas problemáticas puntuales que subsisten sin ser procesadas por

²¹ Sucede que cualquier agrupación que agregue y articule intereses y que decidiera ocupar cargos en el gobierno, adoptaría indefectiblemente los caracteres del partido político —en tanto éste, por definición, es una institución vertebrada por un proyecto colectivo que debe ser ejecutado desde los centros de poder político— lo cual reafirma la tesis de que ninguna otra clase de participación o representación puede reemplazar al “momento partidario” de una democracia representativa (Garretón, 2001: 370).

el sistema político, potenciando un modelo individualista de autoresolución de demandas, en el que se rechazan las referencias ideológicas, se opera con arreglo a intereses cortoplacistas y predominan los enlaces contractuales, sustituyendo, de ese modo, a la participación amplia en el espacio público. Al mismo tiempo, se plantea la existencia de un consenso unánime en torno al modo de abordar aquellos temas, invalidando la manifestación de tendencias contradictorias, puestas en movimiento a través de la interacción social.

Paralelamente, los actores de derecha y centro derecha procuran sustituir el origen partidario de los liderazgos tradicionales por un saber no político de quienes se presentan para un puesto de poder; postulando que la ausencia de ideología de un dirigente lo torna más apto y ecuánime en el cumplimiento de la ley.

No obstante, en la democracia no hay un centro que aglutine poder, ley y saber, porque no hay fundamentos seguros a partir de un orden trascendente (Lefort, 1990; Laclau y Mouffe, 1987). Por ello, cualquier intento por imponer un centro de poder absoluto y de instaurar un aparente consenso sin grietas remite, en última instancia, a la tentativa totalitaria de intentar sobrepasar el carácter constitutivo del antagonismo y negar la pluralidad para restaurar la unidad (Medina, 1999).

Por tal razón, la aniquilación de la alteridad izquierda-derecha y la presentación de un discurso universal se fundan en la idea de pensamiento único, desconociendo la dimensión conflictiva de la democracia, la cual nunca puede ser completamente eliminada sino sólo domesticada o sublimada. De este modo, el discurso aparentemente desideologizado y despolitizado, posee, en realidad pretensiones totalizantes (encarnando el todo, la verdad, la unidad), postulando la estigmatización del *otro*, el no respeto de las diferencias, la supresión del disenso institucionalizado y la anulación del legítimo cotejo de las diversas orientaciones políticas que han de coexistir en una sociedad plural y democrática.

Por eso, cuando el conflicto se crispa, cuando el *otro* deviene la víctima y cuando las diferencias salen a la luz, se expone —en este espacio político ampliado— que todo lo promulgado o reproducido por el discurso político tiene una caracterización ideológica inherente e incide en la formación de subjetividades democráticas, jugando un papel central en las prácticas políticas y extendiéndose a todas las esferas de la vida social.

Bibliografía

- Abal Medina, Juan Manuel (2004). *La muerte y resurrección de la representación política*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Aguilar Rivera, José Antonio (2003). “Notas sobre la izquierda antiliberal”, en *Tareas*, N° 113, CELA, Panamá, enero-abril.
- Albani, Leandro (2005). “Juntos, revueltos y al acecho. La derecha ante las elecciones”, en www.madres.org.
- Álvarez, Raúl N. (1998). “La actitud antipolítica”, en: www.personales.ciudad.com.ar/argenpol/antipolitica.htm
- Annunziata, Rocío, Sebastián Mauro y Daniela Slipak (2006). “Blumberg y el vínculo representativo. Liderazgos de opinión en la democracia de la audiencia” en Cheresky, Isidoro (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Añel, Armando (2003). “El espacio público y las nuevas generaciones en Hispanoamérica”, en *Revista Hispano Cubana HC*, N° 15, disponible en: www.hispanocubana.org.
- Aragón, Raúl (2004). “Blumberg después de ¡Blumberg!”, en *Revista Topos y Tropos*, N° 2, primavera, disponible en www.toposytropos.com.ar.
- Arendt, Hannah (1997). *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós.
- Argirakis, Helena (2005). “Transgresiones a las reglas formales e informales del proceso democrático en Bolivia”, en: www.mundoalreves.com.
- Barragán Luis (2004). “¿Desideologización de la política?”, en www.analitica.com.
- Barreda, Mikel (2005). “Tres preguntas en torno a la nueva izquierda latinoamericana”, en *Gobernanza. Revista internacional de gobernabilidad para el desarrollo humano*, N° 26, disponible en www.iigov.org.
- Bellucci, Mabel y Tuli Coseglia (2004). “Las otras caras del Sr. Blumberg”, en www.argentina.linefeed.org.
- Bobbio, Norberto (1998). *Derecha e izquierda*, Barcelona, Proa.
- Bonetto de Scandogliero, María Susana, Fabiana Martínez y María Teresa Piñero (s/d). “La construcción de lo político en períodos preelectorales: los discursos de Menem y Angeloz”, en *Revista Anuario*, N° 2, Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.
- Boron, Atilio (1999). “El fracaso y el triunfo del neoliberalismo”, en *América Libre*, N° 10, disponible en www.nodo50.org.
- Botella, Jorge (2007). “Desideologización del centro político”, en *Papeles para el progreso*, N° 31, marzo-abril.
- Butler, Judith, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek (2003). *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Canelo, Paula (2000). “¿Dónde está el enemigo?: la rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-

- 1995”, Informe final del concurso: Culturas e identidades en América Latina y el Caribe, Programa Regional de Becas CLACSO, disponible en: www.bibliotecavirtual.clacso.org.ar.
- Castells, Manuel (1999). *La era de la información. Economía sociedad y cultura*, Vol. 1, Madrid, Siglo XXI.
- Cavarozzi, Marcelo (1984). “Partidos políticos débiles, subculturas fuertes”, mimeo, Buenos Aires.
- Cavarozzi, Marcelo (1996). *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens.
- Coppedge, Michael (1997). “A Classification of Latin American Political Parties”, Documento de trabajo N° 244, Kellogg Institute, University of Notre Dame.
- Cheresky, Isidoro (2001). “Hipótesis sobre la ciudadanía argentina contemporánea”, en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela, *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- Cheresky, Isidoro (2006a). “La ciudadanía y la democracia inmediata”, en Cheresky, Isidoro (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Cheresky, Isidoro (2006b). “La política después de los partidos”, en Cheresky, Isidoro (comp.), *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela (2001). “Introducción”, en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela, *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- Dallymar, Fred (2001). “Más allá de la democracia fugitiva”, en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela, *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- De Giovanni, Biagio (1990). “¿Qué significa hoy pensar la política?”, en AA.VV., *Pensar la política*, México D.F., UNAM.
- Di Giano, Roberto (2001). “Establishment y fútbol en Boca Juniors. Los primeros pasos de una relación conflictiva”, en *Revista Digital*, Año 7, N° 41, Buenos Aires, octubre.
- Engelman, Ana y Laura Zapata (2002). “Los analistas simbólicos: el poder de los saberes expertos”, ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 11 al 16 de noviembre.
- Galli, Carlo (1990). “Política: una hipótesis de interpretación”, en Rivero, Martha (comp.), *Pensar la política*, México, UNAM.
- Gallo, Adriana (2006). “La política espectáculo y el clientelismo político en América Latina. Las dos caras de un mismo fenómeno: la personalización de la representación”, en *KAIROS. Revista de Temas Sociales*, N° 17, publicación de la Universidad Nacional de San Luis, febrero.

- Garretón, Manuel (2001): “Política, partidos y sociedad en la época contemporánea” en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela (comps.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- Garretón, Manuel (2006). “Sociedad civil y ciudadanía en la problemática latinoamericana actual”, en Cheresky, Isidoro (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Giacaglia, Mirta A. (2004). “Ch. Mouffe y E. Laclau: una lectura de los aportes de Ludwig Wittgenstein para pensar la idea de democracia radical y plural”, en *Tópicos. Revista de filosofía de Santa Fe*, N° 12.
- Gómez, Mariana (2006). “La década de los noventa en la Argentina. Ideología y subjetividad en la sociedad menemista”, en *Revista Latina de Comunicación Social*, N° 61.
- Huamán Sánchez, Jorge Luis (2006). “La desideologización de la ideología su influencia en el plano jurídico”, en *Derecho y cambio social*, N° 7.
- Ibarra, Aníbal (2007). “Macri nunca digirió su derrota en 2003”, en *Revista 7 Días*.
- Kitschelt, Herbert (1989). *The Logic of Party Formation*, Nueva York, Cornell University Press.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical*, Barcelona, Siglo XXI.
- Landi, Oscar (1988). *Reconstrucciones*, Buenos Aires, Puntosur.
- Lefort, Claude (1988). *Democracy and Political Theory*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Lefort, Claude (1990). *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Marín, Emilio (2007). “Se declaró responsable político de la muerte de Fuentealba Jorge Sobisch y la derecha, fulminados en política por la muerte del profesor neuquino”, en diario *La Arena*, 13 de abril
- Martínez, Fabiana (2004). “Ciudadanía episódica y exclusión: de la alteridad política a la comunidad emotiva. Análisis del caso Blumberg”, ponencia presentada en el VII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, La Plata, 11 al 16 de octubre.
- Marx, Karl (1986). *El capital, crítica de la economía política*, Tomo I, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Mauro, Sebastián (2005). “El espacio público porteño. Liderazgos de opinión e inteligibilidad de la agenda”, ponencia presentada a las III Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, 29 y 30 de septiembre.
- Medina, Graciela (1999). “Un abecedario de la democratización del orden y de la política”, en *Cinta de Moebio. Revista Electrónica de Epistemología de Ciencias Sociales*, N° 7.

- Michels, Robert (1979). *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Mouffe, Chantal (2000). *The Democratic Paradox*, Londres, Verso.
- Muniagurra, Marcelo (s/d). “No sólo se puede, SE DEBE”, nota enviada a la dirigencia política de la Provincia de Santa Fe, disponible en: www.cpcambio.org.ar.
- Muñoz, Ricardo (2002). “Partidos políticos y crisis de representación” en Prieto, Osvaldo y Ramón Monteiro (comps.), *Crisis política y acciones colectivas*, Río Cuarto, Centro de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Novaro, Marcos (1993). “Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática”, en *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Novaro, Marcos (1996). “Los populismos latinoamericanos transfigurados”, en *Nueva Sociedad*, N° 144, Caracas, julio-agosto.
- Novaro, Marcos (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Rosario, Homo Sapiens.
- Offe, Claus (1985). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema.
- Paramio, Ludolfo (1993). “Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo”, en *Cuadernos del Claeh*, N° 68, Montevideo.
- Paramio, Ludolfo (1999). “La democracia tras las reformas económicas en América Latina”, Documento de trabajo, Instituto de Estudios Sociales Avanzados, Madrid.
- Paramio, Ludolfo (2006). “La izquierda y el populismo”, en Flores, Elena, Dieter Koniecki y Pedro Pérez Herrero (eds.), *La izquierda en América Latina*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- Peruzzotti, Enrique (2001). “La democratización de la democracia. Cultura política, esfera pública y aprendizaje colectivo en la Argentina posdictatorial”, en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela (comps.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- Pizzorno, Alessandro (1995). “Notas sobre los regímenes representativos: sus crisis y su corrupción”, en *Sociológica*, Año 10, N° 27, Madrid.
- Quiroga, Hugo (2001). “La democracia posible: un cruce entre procedimiento, valores y políticas”, en Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela (comps.), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Paidós.
- Requejo Coll, Ferrán (1990). *Las democracias*, Barcelona, Ariel.
- Roberts, Kenneth (2002). “El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal en latinoamericana”, en Cavarozzi, Marcelo y Juan Manuel Abal Medina (comps.), *El asedio a la política*, Rosario, Homo Sapiens.
- Rojas Bolaños, Manuel (1998). “El síndrome de nuestro tiempo: la desafección política”, en *Sinergia. Revista de la Comunicación*, Año 4, N° 8.

- Russo, Sandra (2005). “Lugares comunes”, en diario *Página/12*, 28 de mayo.
- Sartori, Giovanni (1988). *Teoría de la democracia: el debate contemporáneo*, Tomo I, Madrid, Alianza.
- Sasturain, Juan (2005). “El sentimiento no se termina”, en diario *Página/12*, Suplemento RADAR, 13 de marzo.
- Sennet, Richard (1977). *El declive del hombre público*, Barcelona, Península.
- Van Dijk, Teun A. (2005). “Política, ideología y discurso”, en *Quorum Académico*, Vol. 2, N° 2, Maracaibo, diciembre.
- Verge Mestre, Tània (2004). “Hacia una teoría integrada de la representación política”, en *Circunstancia. Revista ciencias sociales del Instituto Ortega y Gasset*, Año 1, N° 3, Madrid, enero.
- Wainfeld, Mario (2005). “La agenda de campaña. Lo que pasa en Capital”, en diario *Página/12*, 31 de julio.
- Wittgenstein, Ludwig (1983). *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Laia.
- Wortman, Ana (s/d). “Construcción imaginaria de la desigualdad social argentina, el nuevo lugar de las clases medias y los intermediarios culturales mediáticos”, Informe final del concurso: Fragmentación social y crisis política e institucional en América Latina y el Caribe, Programa Regional de Becas CLACSO, disponible en: bibliotecavirtual.clacso.org.ar.
- Yannuzzi, María de los Ángeles (2003). “Algunas reflexiones en torno del concepto de representación”, en Muñoz, Ricardo (comp.), *Crisis de representación y reforma política*, Río Cuarto, Centros de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Palabras clave

derecha – desideologización – Macri – Blumberg – Argentina

Key words

right-wing – desideologization – Macri – Blumberg – Argentina

Abstract

This article analyzes the position of certain Argentine right-wing or center-right sectors, which deny their ideological origin, and try to retire it voluntarily from the political arena. It explains what is meant by “politics”, and how different notions of representation and identity overlap with the intention of accounting for the inherent contradiction in pretending to exhibit a depoliticized and/or desideologized speech, when all social spheres are influenced by politics, which is, by definition, ideologically based.